

ESCUELA SABÁTICA | EFESIOS
LECCIÓN 10: CÓNYUGES, JUNTOS EN LA CRUZ

Después de exponer, en la primera parte del capítulo 5 de la epístola a los Efesios, el contraste entre los hijos de la luz (Efesios 5:8) y los hijos de desobediencia (Efesios 5:6), Pablo presenta el matrimonio como “un símbolo de la unión entre Cristo y su iglesia” (*El hogar cristiano*, 83). La preservación del vínculo matrimonial es un tema importante y oportuno en nuestra época, donde la disfuncionalidad y desintegración familiar han incrementado exponencialmente, golpeando con fuerza aun muchos hogares cristianos.

En Efesios 5:21-33, el apóstol presenta las responsabilidades únicas e intransferibles del hombre y la mujer en el matrimonio. El primer consejo es para las esposas, a quienes dirige las siguientes palabras: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo” (Efesios 5:22-24). Hoy en día resulta anticuado hablar de sujeción, pues la cultura progresista que promueve el empoderamiento femenino, considera repulsivo y denigrante este concepto bíblico. ¿Cómo se atreve alguien a decir, en pleno siglo XXI, que la mujer debe someterse a su esposo? ¿No es esta afirmación un patrocinio al esclavismo de la mujer en el hogar? ¿Dónde quedan los derechos, la voz y la libertad de la esposa? Este consejo que a la vez es una promesa del cielo para las esposas, pues “todos sus mandatos son habilitaciones” (*Palabras de vida del gran Maestro*, 268), no indica sumisión a una fuente de autoridad fría y despótica, tampoco hace referencia a una obediencia servil o motivada por el miedo. Pablo está diciendo que la sumisión debe ser “como al Señor”; es decir, debe estar basada en el principio del amor, el cual por naturaleza “no busca lo suyo” (1 Corintios 13:5). La esposa se somete a su esposo por amor, no a la fuerza o como resultado de una exigencia de parte de su marido. Es importante mencionar que ser “cabeza de la mujer” no significa pisotearla, aplastar su individualidad o dominarla con rudeza. Al contrario, “el Señor ha constituido al esposo como cabeza de la esposa para que la proteja; él es el vínculo de la familia, el que une sus miembros, así como Cristo es cabeza la iglesia y Salvador del cuerpo místico... La autoridad de Cristo se ejerce con sabiduría, con toda bondad y amabilidad; así también ejerza su poder el esposo e imite la gran Cabeza de la iglesia” (*Mente, carácter y personalidad*, tomo 1, 168).

Por su parte, el consejo dado a los esposos es “amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:25). El esposo debe amar a su mujer de la misma manera, y con la misma intensidad con la que Cristo amó a la iglesia, siendo un apoyo constante para ella en cualquier situación, ayudándola a alcanzar su máximo potencial, colocándola por encima de él mismo, posicionando su vínculo con ella como la relación interpersonal más importante, aun por encima de cualquier conexión familiar o lazo de amistad. ¿Qué significa amar a tu esposa como Cristo amó a la iglesia? ¿Hasta dónde llegó el amor ágape del novio celestial por su querida esposa? Pablo nos dice que él “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual

a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8). ¡Cristo se vació de sí mismo! ¡Él lo entrego todo por su iglesia! Cada esposo está llamado a amar a su esposa con ese amor incondicional. Pero ese amor no lo puedo producir por mi propia cuenta, no es el resultado de mis sentimientos, esfuerzo o autodeterminación; ese amor que vence la búsqueda de mi propia comodidad y que doblega mi ego, viene únicamente de Cristo, y solamente él puede mantenerlo vivo en mi corazón.

El pastor E.J. Waggoner escribió lo siguiente con respecto a la única fuente real e incondicional de amor que existe: “No hay otro verdadero amor fuera del divino, por lo tanto, la única posibilidad de que el verdadero amor se manifieste entre los hombres, es que sea derramado en sus corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5). Cuando alguien manifiesta su amor por otro, el receptor suele preguntar: ‘¿Por qué me amas?’ ¡Como si alguien pudiera ofrecer razones para amar! El amor es su propia razón. Si el que ama es capaz de dar una razón de por qué lo hace, demuestra en ello que no ama realmente. Sea lo que sea que esgrima como razón, puede cesar en algún momento en el tiempo, con lo que desaparecerá el supuesto amor. Pero “el amor nunca deja de ser”, por consiguiente, no puede depender de las circunstancias. La única respuesta que cabe dar de por qué se ama, es esta: por amor. El amor ama, simplemente, porque es amor. Amor es la cualidad de aquel que ama; y ama porque tiene amor, independientemente del carácter del objeto amado. Apreciamos la verdad de lo dicho al acudir a Dios, la Fuente del amor. Él es amor. Su vida es amor. Pero no es posible dar explicación alguna sobre su existencia. La más grande concepción humana del amor consiste en amar porque somos amados, o porque el objeto amado nos inspira amor. Pero Dios ama aquello que es aborrecible. Él ama a quienes lo odian” (*Las buenas nuevas en Gálatas*, 146-147).

Sólo la gracia de Cristo hace posible que los esposos acaten estos consejos inspirados para que su matrimonio sea funcional y feliz. No son tus votos, buenas intenciones o deseos lo que mantendrá a flote tu matrimonio, sino el poder del amor de Dios transformando tu corazón y el de tu cónyuge. Con mucha razón, el salmista afirmó: “Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Salmo 127:1).

Es posible que tu matrimonio no sea un reflejo del ideal divino, y estés pasando por una tormenta en tu relación. Ante tal situación, muchos acuden a terapeutas que, en vez de auxiliar ese matrimonio resquebrajado, terminan hundiéndolo en las dolorosas y oscuras aguas de la miseria, pues venden como medicina lo que en realidad es la enfermedad terminal de toda relación: el egoísmo. Píldoras mortíferas como “debo amarme a mí mismo”, “tengo derecho a rehacer mi vida” o “no pierdas tu tiempo con una persona así”, constituyen la receta que, según estos apologetas de la autoestima, dará solución rápida y efectiva a todo fracaso matrimonial. Te pregunto: si tuvieras diabetes, ¿buscarías un médico que, para controlar tu enfermedad, te prescriba una vida sedentaria y una dieta alta en carbohidratos y azúcar añadida? Es obvio que nadie en su sano juicio haría caso a una indicación tal. Exponenciar tu autoestima es inútil y

perjudicial, y en vez de sacarte del abismo, terminara hundiéndote más en él. Entonces, ¿cuál es la solución para tu matrimonio?, ¿a quién debes acudir con urgencia? Lo único que solventará tu desesperada situación es ¡LA CRUZ DE CRISTO! Sólo el Creador del matrimonio tiene el poder para repararlo. Así, lo mejor que puedes hacer es mantener “fija la mirada en Jesús, pues de él viene nuestra fe y él es quien la perfecciona” (Hebreos 12:2, NBV). Es imposible admirar la cruz del Calvario y no ser transformado, es imposible contemplar tan asombroso despliegue de amor y no ser llenó de él, para amar a tu pareja como Cristo te ama incondicionalmente a ti. ¡Cuán diferentes fueran nuestros matrimonios si en vez de colocar nuestra satisfacción personal en el centro, permitiéramos ser llenos del amor ágape de Dios! ¡Cuán diferentes fueran nuestros hogares si en vez de poner nuestra atención en nosotros la pusiéramos en Cristo crucificado! Oh, mi querido hermano que lees, el único que puede hacer que el amor brote como un río impetuoso sobre el árido desierto de tu matrimonio es Cristo, quien con gran ternura y compasión te dice hoy: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Juan 7:37-38). ¡Ábrele el corazón, y él sanara tu vida y matrimonio!

Finalmente, deseo resaltar el resultado del amor de Cristo en la vida de su iglesia, Pablo dice que el ágape divino ha “purificado [a la iglesia] en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5:26-27). ¿Lo notaste? Es su amor el que te purificará de todo pecado. La perfección del carácter no es una utopía o un cuento de ciencia ficción como algunos teólogos modernos creen y enseñan; es una realidad, una promesa emitida por la boca misma de Dios; por lo tanto, “mantengamos firme la esperanza que profesamos, porque fiel es el que hizo la promesa” (Hebreos 10:23). La mensajera del Señor nos muestra de forma magistral cómo opera la justicia de Cristo, y la capacidad que esta tiene de quitar nuestro pecado y limpiar nuestro corazón por completo. Leamos a continuación la siguiente joya literaria del espíritu de profecía:

“Este manto [la justicia de Cristo], tejido en el telar del cielo, no tiene un solo hilo de invención humana. Cristo, en su humanidad, desarrolló un carácter perfecto, y ofrece impartirnos a nosotros este carácter... Todo cuanto podamos hacer por nosotros mismos está manchado por el pecado. Pero el Hijo de Dios ‘apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él’... Por su perfecta obediencia ha hecho posible que cada ser humano obedezca los mandamientos de Dios. Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve, no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y deformidad del pecado, sino su propia ropa de justicia, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová” (*Palabras de vida del gran Maestro*, 253).

¡Alabado sea Dios! Él es capaz de realizar esta poderosa obra en la vida de todo aquel que no se resista a la atracción de su gracia. Yo quiero recibir a cada momento el precioso

regalo de su justicia y así acelerar ese hermoso encuentro donde exclamaremos a una voz con lágrimas de gozo: “Este es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; este es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Isaías 35:9). ¿Es tu deseo también? “Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos” (*Palabras de vida del gran Maestro*, 47).

Autor: Óscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo?fbid=824730092428180&set=a.590705622497296>